

ra participándole la tormenta que lo amenazaba. Pesqueira al contestarle lo llamó con urgencia.

Tan pronto como Verdugo recibió la carta de Pesqueira, se puso en camino para Sonora y llegó á Ures en tan corto tiempo cuanto le fué posible y se lo permitieron las monótonas vías de transporte por tracción animal.

Pesqueira tuvo con él una larga conferencia, y una vez bien impuesto de su posición cerca del gobierno nacional, puso en juego todos aquellos resortes que él sabía mover, hasta que logró conjurar la tempestad recobrando el ascendiente perdido ante el Gobierno Supremo.

Pero el pueblo, más cerca de los acontecimientos, se sentía vivamente afectado y se mostraba más exigente, y su tribunal inexorable, el tribunal de la pública opinión, pronunció su fallo condenatorio contra el entónces gobernante de Sonora.

Apénas hubo llegado Pesqueira á Hermosillo despues del descalabro de La Pasión, cuando comenzó la obra de reorganización militar, dedicando su mayor atención á levantar el espíritu público decaído.

Entre tanto, los reaccionarios, aprovechando circunstancias tan propicias para ellos, se levantaron en armas reconociendo el gobierno que las bayonetas extranjeras pretendían implantar en el país.

En Moctezuma, Sahuaripa, Alamos y Altar, simultáneamente estallaron pronunciamientos á favor del llamado Imperio; los bandaristas secundaron estos movimientos, estableciendo su cuartel general en Santa Rita; y los yaquis y mayos se rebelaron tambien cobijándose bajo la bandera imperial. Por todas partes, pues, asomaba la traición sobreponiéndose á los esfuerzos del patriotismo, casi anonadado en aquellas circunstancias excepcionales.

Las legiones de traidores, grotesco remedo del ejército de Atila, fueron en Sonora el infierno escoltando á la muerte.

Hay en la leyenda, dice Paul de Saint Víctor, algo de falso y algo de verdadero, como la caricatura tiene algo de parecido y algo de quimérico.

En efecto, los traidores de Sonora fueron la caricatura de los hunos.

Sus hechos de refinada crueldad parecen pertenecer al siglo V, y no al que se ha llamado de las luces, de la electricidad y del vapor. Deberían, pues, para hacerles justicia, ser escritos con sangre en un idioma bárbaro.

Los vándalos al lado de las huestes traidoras hubieran parecido soldados de Atenas.

Hubiérase podido creer que eran las fieras insurreccionadas contra la humanidad, dirigidas por un mónstruo dotado de voluntad é inteligencia decidido á destruir todo aquello donde se había puesto la mano del hombre; tal vez querían realizar el sueño de Calígula y deseaban que los patriotas que mantenían en el Estado enarbolada la bandera de la República, hubiesen tenido una sola cabeza para dividirla de un tajo; y si hubieran podido habrían hecho desaparecer las poblaciones bajo el nivel de la destrucción, como si desde el fondo del Asia hubiesen traído el desierto y desarrollándolo como una sábana sobre el territorio sonorese.

Establecidas las Cortes Marciales, tribunales cuya misión era la de sentenciar á muerte á los defensores de la República, las ejecuciones estuvieron á la orden del día; las garantías individuales y el respeto á la propiedad agena desaparecieron ante el capricho de los servidores del llamado Imperio, que siempre dispusieron á su antojo de vidas y haciendas donde quiera que pusieron sus plantas.

Ante tan triste situación y perspectiva tan oscura, al pueblo, que poco á poco había ido perdiendo la fé en la causa republicana, no le quedaba otro recurso que emigrar, y comenzó á hacerlo, dirijiéndose á la Arizona de los Estados Unidos, donde todavía residen muchísimas familias de las que abandonaron sus hogares huyendo de los horrores de aquella tremenda lucha.

Mientras Pesqueira reorganizaba sus tropas en Hermosillo, García Morales, que con una pequeña guarnición ocupaba á Ures, era acediado constantemente por las fuerzas traidoras, que varias veces intentaron tomar la plaza por asalto, pero Adolfo Alcántara las batió en las calles rechazándolas.

En los puntos inmediatos á Ures estuvieron los traidores engrosando sus filas.

Las fuerzas republicanas comenzaban á desmoralizarse en presencia de aquella angustiosa situación, cuando Pesqueira marchó sobre Ures á combatir el grueso de los enemigos. Llegó en efecto, pero muy pronto tuvo que abandonar aquella plaza que á poco fué ocupada por los traidores.

Poco tiempo despues salió para Arizona, dejando encargadas las riendas del gobierno al General Garía Morales.

¡Tambien él, el Jefe del Estado tambien emigraba, dejando á su pueblo comprometido, empeñado en una lucha devastadora, abandonado á sus propios esfuerzos!

Entónces comenzaron á tomar incremento las defecciones, y hombres de la talla del Lic. Aguilar, Astiazarán y otros, se asieron al manto imperial.

Solo las masas del pueblo conservan una débil esperanza, basada en García Morales que, como las sacerdotizas del templo de Vesta, mantenía ardiendo el fuego sagrado de la República.

El general Rosales, una de las figuras más prominentes que surgieron de aquella era luctuosa, con un puñado de valientes decididos á morir en defensa de la patria, ocupó la ciudad de Alamos, donde comenzó á organizar la defensa, cuando fué atacado por los imperialistas con fuerzas superiores en número; y allí, en reñido combate, el ilustre soldado de la democracia, el vencedor de los franceses en San Pedro, peleando como bueno, rindió la vida abrazado á la bandera de la República.

García Morales hacía esfuerzos sobrehumanos por renacerse y emprender operaciones sobre los traidores adueñados del país. Tomó por asalto la ciudad de Arizpe defendida por Terrán y Barrios á quien hizo prisionero, y le perdonó la vida pero se lo llevó consigo; derrotó á Campillo en Mátape, pero á poco fué á su vez derrotado por Refugio Tánori y Francisco Gándara cerca de Nácori el 3 de Enero de 1866.

Estan vivos todavía los recuerdos de esa derrota de que tanto alardeó el llamado Imperio, creyendo que con ella quedaría proscripta para siempre la bandera de la República en el Esta-

do; están vivos tambien muchos de los gladiadores del Imperio que celebraron con cohetes y músicas la derrota del más denodado de los defensores de la República en Sonora y que hoy rodeados de todas las consideraciones sociales y tal vez arrepentidos ó cuando ménos avergonzados de su pasado pretendan desmentir estos hechos históricos. En ese combate que asumió los tamaños de una verdadera batalla, quedaron muertos en el campo ciento veintisiete soldados de la Nación, amén de quince prisioneros de guerra que fueron fusilados, entre los cuales figuraba Don José Francisco Dávila del Valle de Tacupeto, que á la avanzada edad de sesenta y cinco años espontáneamente abandonó las comodidades del hogar por seguir la bandera de la República.

Esté capítulo quedaría incompleto sin el parte rendido por Don Francisco Gándara, al entónces Sub-Prefecto de Ures Don Antonio Carrillo, hombre sanguinario y cruel que tenía aterroizado al Estado con sus atroces atentados.

Hélo aquí:

“Satebuchi, Enero 4 de 1886.—Ocupado urgentemente en la persecución del enemigo no había tenido el tiempo necesario para dar á usted el detall de la acción que tuvo lugar en las inmediaciones de Nácori, el dia de ayer, cuyo resultado le tengo comunicado en el acto de nuestro triunfo.

“Cumpló hoy con este *deber* manifestándole que á las dos de la tarde se nos avistó el enemigo en número de seiscientos cuarenta hombres, de los que doscientos diez y siete eran de caballería. Pasada una hora en que puso en juego toda clase de provocaciones que por nuestra parte toleramos hasta donde nos fué posible, en cumplimiento de las órdenes superiores que teníamos recibidas; rompió sus fuegos á las tres y media de la misma tarde, y una hora despues retrocedía, quedando á las cinco y media en completa derrota y en nuestro poder ciento cincuenta fusiles en buen estado, cinco cajas de parque, cincuenta caballos, una pieza de artillería y quince prisioneros.

“Dado un ligero descanso sobre el campo del honor á la tropa, procedió á dar sepultura con los honores debidos al recomendable teniente de Opodepe Juan Santillanes quien murió co-

*mo un heroe digno de su patria* y á tres soldados más cuya pérdida es la única que tenemos que lamentar. En seguida emprendí mi marcha sobre Mátape, con objeto de no dar lugar á que el enemigo se rehiciera, dejando orden á la autoridad de Nácori para que reconociera el campo de batalla y sepultase á los muertos. Hoy al amanecer me ha dado parte dicha autoridad de haber dado sepultura á ciento veinte de estos desgraciados y que aun no acababa de hacer el reconocimiento total del campo. Entre los muertos han sido reconocidos el Comandante de escuadron Manuel Ornelas, el Capitan de Artillería Olvera, Lauterio Matuz y los de igual clase de infantería Fernando Corella, Ignacio Escalante, Manuel Maldonado y Pedro Félix.

“En Mátape solo encontré un pueblo desolado y lleno de confusión, y entregadas las esposas, las madres, hijas y hermanas al más profundo pesar por el rudo golpe que han recibido.

“Réstame solo recomendar á usted el conocido valor del General Don Refugio Tánori quien como siempre se portó digno Jefe de su brava y fiel sección; al Mayor de ella Don Filomeno Moreno que llenó á satisfacción los deberes de su cargo; al Sr. Don Santiago C. Landabazo que se incorporó á esta sección despues de su derrota y se portó en todos momentos como un Jefe digno de los sentimientos y *principios que defiende*, así como también al Capitan ayudante Don Sacramento Hernandez bien conocido por su valor y entusiasmo y á los oficiales de plana mayor Don Longino Mendoza, Don Jesús Atondo, Don Fortino Paredes. Comandantes de Compañías Don Miguel Arvallo, Don Evaristo Bringas, Don Patricio Parral y Don Gabriel Maive quienes á la cabeza de sus compañías supieron defender y adquirir la victoria. Al teniente Desiderio Gonzalez, Pedro Del Cid y demás oficiales sin excepción de ninguno quienes merecen del Gobierno la mayor confianza por ser todos hombres *dignos de la causa que defienden*.

“El Sub-Prefecto de la Magdalena, con mando en la Sección Tánori.—*Francisco A. Gándara*.—Sr. Sub-Prefecto y Comandante Militar de Ures.

“Y lo traslado á V. S. como el detall de la acción que se ha dado en las inmediaciones del pueblo de Nácori á los disiden-

tes que acaudillaba García Morales, suplicando á V. S. se sirva tomar en su alta consideración los méritos que han contraído los jefes, oficiales y tropa de la sección del General Tánori que tan glorioso triunfo han adquirido en favor del Gobierno de S. M. Imperial—Igualmente recomiendo á V. S. al Sub-Prefecto Don Francisco A. Gándara que servía de 2.º Jefe en la sección Tánori, llevando además el peso de la dirección de la correspondencia oficial; y por su bien merecido prestigio, el de la colectación de fuerzas auxiliares en defensa de la causa del Gobierno.—El Sub-Prefecto del Distrito.—*Antonio Carrillo*.—Sr. General Don Emilio Lamberg, Comandante Militar del Departamento.—Hermosillo.

Este parte fué publicado en el número 17 del “Periódico Oficial” del llamado Imperio correspondiente al 12 de Enero de 1886, en cuyo periódico se dice también que á más de los ciento veinte cadáveres á que se refiere el parte aludido fueron encontrados siete más. El mismo órgano del gobierno imperial dió la noticia falsa de que pocos días antes, entre guerrillas en el punto llamado Los Camotes, jurisdicción de Alamos fué derrotado por los traidores el Oficial de Nacionales Don Lorenzo Aviléz, y perseguido de cerca fué á poco capturado en unión de su asistente Beltrán quienes fueron fusilados incontinenti por orden de Don José Ma. Tranquilino Almada.

Este hecho pasó el 31 de Diciembre de 1865.

Apénas llegó á Guaymas la noticia de este suceso la Sra. Da. Loreto Encinas de Aviléz con ese patriotismo abnegadísimo que la distinguía, tomó á tres de sus hijos que á la sazón se hallaban en Guaymas y llevándolos al cuartel de las fuerzas republicanas que accidentalmente se hallaban cerca del puerto, los presentó al Jefe de aquella sección, diciéndole que acababa de recibir la noticia del fusilamiento de uno de sus hijos, pero que ahí le entregaba aquellos tres únicos que estaban á su lado, que gustosa ponía al servicio de la República.

No era este el único servicio que la Señora Aviléz había prestado á su patria; ya antes, el año de 1854, descubrió las maquinaciones que fraguaba el audáz filibustero Raousset y fué personalmente á ponerlo en conocimiento del General Ya-

ñez y durante la guerra de intervención siguió prestando importantes servicios á la causa de la República.

La Señora Aviléz descansa en una fosa humildísima en el cementerio de Guaymas. Olvidada de la Nación y tal vez de sus propios deudos. No hay en su tumba un monumento, nada que recuerde á la matrona heroica; á la Leona Vicario sonorese, que por la patria sacrificó su tranquilidad, su amor, sus hijos, todo. Nosotros cuando por lance nos toca visitar el puerto de Guaymas, nos hemos impuesto el deber de visitar esa fosa para rendir un homenaje de admiración y de respeto á los manes de la matrona sonorese, depositando sobre su cama de tierra las flores de nuestro cariño, para la heroína olvidada.

Por ese tiempo estalló en Hermosillo el pronunciamiento de Contreras.

Hacia algun tiempo que los hermanos Valadéz, del Estado de Sinaloa, entónces vecinos de Hermosillo, fraguaban una conspiración contra el Prefecto Departamental del Imperio, Don Santiago Campillo, cuyo despotismo sin nombre lo había hecho odioso hasta de los mismos imperialistas.

Llegó Don Joaquin Contreras procedente de los Estados Unidos, totalmente desprovisto de dinero, pero precedido de la fama de valiente y de excelente tirador á la pistola.

Era entónces Sub-Prefecto de Hermosillo, Don Francisco M. Espino, quien recibió á Contreras bondadosamente, proporcionándole todo lo que necesitaba y alojándolo en su propio cuarto.

Los hermanos Valadéz trataron luego de atraerse á Contreras, lo cual consiguieron sin trabajo, y lo pusieron al frente del pronunciamiento que, al estallar á una hora muy avanzada de la noche, Espino fué hecho prisionero en su propio cuarto, por su mismo huesped, el comandante Contreras que acaudillaba el movimiento.

En seguida fueron aprehendidos los Camou, Don Dionisio Gonzalez y otros, habiéndose cometido la torpeza de descargar las armas sobre Gonzalez en frente de su familia, aunque sin otras consecuencias que el susto consiguiente á aquel acto de imprudencia suprema.

El Lic. Don Ignacio Ramirez, que á la sazón se hallaba en Hermosillo, al oír las detonaciones dejó la cama, se vistió precipitadamente y salió á la calle á informarse de lo que ocurría.

Llegó hasta el lugar donde estaban los pronunciados y encontró allí á Don Dionisio Gonzalez amarrado á la boca de un cañon y á los demás presos políticos atados tambien á un lado custodiados por un piquete de soldados.

Cuando se hubo informado de que el movimiento era en favor de la República, se subió sobre una de las piezas de artillería, y desde aquella tribuna que las circunstancias le proporcionaron, comenzó á arengar á los pronunciados y al pueblo hablándoles de la causa santa que iban á defender. La multitud apiñada allí, estaba pendiente de la palabra fácil y elocuentísima del *Nigromante* y como himnotizada, inconciente pero frenética de entusiasmo puso en libertad á los presos y aquellos, aprovechando ocasión tan propicia, abandonaron la ciudad esa misma noche.

Don Francisco Serna, que secundó el movimiento, fué inmediatamente nombrado prefecto del Distrito.

Á la mañana siguiente se distribuyeron en la ciudad la proclama y plan político de Contreras y una proclama de Serna. En la proclama de Contreras, como debe presumirse, se hacía un llamamiento general á los sonorenses invitándolos á tomar las armas en defensa de la República, y en su plan político desconocía el gobierno espúrio del usurpador y manifestaba que el sistema de gobierno republicano representativo popular, era el que más se adaptaba á nuestras necesidades y nuestras costumbres; pero que aún cuando ese hubiese sido el sistema implantado por las bayonetas extranjeras, era el deber ineludible de todos los mexicanos de rechazar al invasor y no reconocer otro gobierno que el de Juarez, legítimamente constituido.

Serna en su proclama hacía tambien un llamamiento general á los sonorenses y ofrecía dar al pueblo garantías en sus vidas é intereses.

Por un momento reinaba gran entusiasmo en los pueblos á donde llegaba la noticia del pronunciamiento, pero el desencanto venía tan pronto como se sabía que había estado preso

Don Dionisio Gonzalez, hermano político de Serna, de donde se desprendió la consecuencia precisa de que este ameritado ciudadano no fué iniciado en el movimiento sino á última hora y que por tanto no podía haber sido premeditado y combinado por él, en quien los sonorenses tenían entera confianza y cuyo prestigio hasta ahora no ha sufrido ningun descalabro: por el contrario, crece cada dia más, y el corazón de cada sonorenses honrado es un santuario donde se rinde culto á las virtudes cívicas de ese modesto general.

Inmediatamente comenzaron los pronunciados á construir fortificaciones en las calles y á dictar todas aquellas disposiciones concernientes á organizar la defensa de la plaza.

Empero Refugio Tánori que estaba en Ures con un grueso respetable de fuerzas, al tener noticias del pronunciamiento se vino sobre Hermosillo y los pronunciados tuvieron que evacuar la plaza ante la tremenda tempestad que amenazaba envolverlos.

Cerca del Ranchito de los López fueron alcanzados y batidos. Los traidores mataron allí como veinte individuos, que ya desarmados trataban de salvarse ocultándose en las milpas, pero los servidores del llamado Imperio, con puntería certera iban cazándolos á través de las cercas y espesos matorrales. Entre los que murieron de esa manera, se cuenta Don Antonio Corella, valiente oficial de Nacionales, y cuya viuda, es todavía una de las pensionadas por el gobierno.

Fortino Viscaino, valiente jóven que seis años despues se convirtió en pirata, sacó en esa escaramuza una herida en un muslo.

El Prefecto Departamental del Imperio, Don Santiago Campillo, formó una lista de más de treinta ciudadanos de los que tomaron parte en el pronunciamiento, y entregándola á un oficial le ordenó que tomara un piquete de soldados y fuera en busca de aquellos individuos y que los fusilara en los mismos lugares donde fuesen encontrados.

Así se jugaba con la vida en aquella época azarosa.

De esa manera concluyó el pronunciamiento de Contreras, sin conseguir otro resultado que las muertes que hubo que la-

mentar, amén de un ocurso que algunos comerciantes, extranjeros en su mayor número, dirijieron al jefe de la legión extranjera en Guaymas, pidiéndole que mandara una guarnición francesa á Hermosillo, como único medio de tener garantías; pecado que un año despues lavaron con el sacrificio de sus intereses, y algunos con el de la vida.

Ya en ese tiempo García Morales con mil afanes había organizado una pequeña fuerza y con ella tomó por asalto á Magdalena haciendo capitular á la guarnición que la defendía.

Poco despues, Refugio Tánori y Francisco Gándara, que lo perseguían muy de cerca, lo derrotaron en el Cerro del Carnero y en el Pitiquito sucesivamente.

En todos estos combates se derramó mucha sangre, y los contingentes de los pueblos patriotas de Mátape y Baviácora perecieron casi totalmente.

Nuestras tropas abnegadísimas, casi desnudas, sin recibir paga, mal alimentadas, inferiores en número y en elementos á las huestes franco-traidoras, las hostilizaron constantemente; ora fraccionadas en guerrillas, ora librando sérios combates en las ciudades y en los pueblos, en las montañas y llanuras, á campo raso y á pecho descubierto: nunca intentaron en medio de esas penalidades, de esa situación casi insostenible, abandonar la bandera de la República, que se mantuvo enarbolada en territorio sonorenses á despecho del esfuerzo unido de franceses y traidores por hacerla pedazos.

